



¿Quiénes son? ¿Cuál es su origen y cuál su destino?

Los gitanos

■ SERGIO ELIZALDE B., S.J.

A lo largo y ancho de Chile, junto a esteros y riachuelos, en las cercanías del verano se alzan sus carpas de lona verde, rojo y blanco. Sus mujeres de edad indefinible recorren las ciudades, contorneando la cintura, haciendo flamear sus sayas de brillantes matices. Se acercan a los más asequibles, o a los más incautos, y familiarmente ofrecen conocer el porvenir. Sus hombres, vestidos a lo paisano, pero reconocibles en su flexibilidad corporal y su aguileña nariz, trabajan el cobre y venden calderos del rojo y bruñido metal en playas, bal-

nearios y estacionamientos del litoral. Son los gitanos.

¿De dónde llegaron? ¿Qué raza es la suya? La tradición les hace provenir -como todo lo misterioso e indescifrable- del Oriente, de India, de Persia... Tal vez su enigmático y elusivo mirar se forjó mirando la milenaria Esfinge: *gypsies*, egipcios, se les denomina en lengua inglesa. Cuando comunican para ellos mismos sus pesares y pasiones, ¿en qué idioma lo hacen? El que oye sus repetidas y guturales consonantes que enmarcan vocales tan abiertas y redondas, cree percibir sonidos semitas. Pero, ¿tie-

nen gramática, leen en su idioma, editan libros? ¿Cuál es su poesía? Conocemos su férreo sentido familiar; quién lo dudaría cuando admiramos preciosas niñas de talle juncal y niños bronceados y saludables que juegan en las carpas y acompañan a sus madres por zocos y avenidas.

¿Son ricos o son pobres? No por ser transhumantes han de ser indigentes. No son pordioseros. A lo sumo, pedigüños. Leer las líneas de las manos parece ser labor más que treta. Su serio mirar cuando fijan las pupilas en sus clientes sugiere seriedad más que ligereza.

Cuando en el día ventilan sus carpas, el curioso observa en ellas los implementos domésticos que hacen las delicias de un ama de casa de clase media. Si sus camionetas son ruidosas, antiguas y candidatas a chatarra, son camionetas al fin, y más de un chileno las querría para sí. ¿Basta la venta de sus calderos y el producto de la quiromancia para adquirirlas?

Se dice que tienen reyes. Se percibe en ellos jerarquía. Famosos fueron los Nicolich, y en mi niñez se hablaba de un príncipe llamado Francisco California. Con certeza son ciudadanos de Chile, pero, ¿pagan impuestos?, ¿hacen el servicio militar?, ¿envían a sus hijos a la escuela? ¿a qué escuela? ¿Por quién votan en las elecciones? ¿Qué candidato se acercó a sus tiendas para pedirles el voto a cambio de protección?

¿De dónde vienen y hacia dónde van?

¿Son religiosos y creyentes? La tradición europea les hace descender de Sara, de Magdalena, de santas mujeres del Evangelio veneradas en Marsella como las Marías del Mar. ¿Basta eso para acreditarlos católicos? ¿Hay entre ellos evangélicos o mormones? ¿Cómo llaman a Dios en su idioma? No van al templo, parece: ¿cuál es, pues, su oración y su liturgia? Nuestros párrocos, ¿bautizaron alguna vez a un gitano? ¿Qué nombres propios reciben en sus ritos iniciáticos? ¿O son todavía idólatras y llevan en la caravana imágenes de dioses más antiguos que Jesucristo?

¿De dónde vienen y hacia dónde van? Se dice que en el invierno pernoctan al abrigo de casas firmes de adobe o ladrillo,

como la tuya y la mía. Pero, ¿qué atávica fuerza les hace clausurarlas en la estación cálida para partir hacia adelante, retornando a la orilla del mismo río y al amparo del mismo monte? En el secreto interior de sus tiendas, ¿viven, gozan, sufren como nosotros? Sus comadronas, ¿traen niños al mundo con métodos y ensalmos ya usados en Menfis y Babilonia milenios ha? ¿O sus rutinarios dolores se calman con los mismos fármacos y en las mismas clínicas que nosotros?

En suma, ¿quiénes son los gitanos? ¿Cuál es su origen y cuál su destino? En la cultura occidental tienen lugar propio. Los románticos les acogieron como héroes de sus fábulas. Manrique, Azucena, Preciosilla y Carmen les dieron protagonismo en la ópera. Los poetas y los dramaturgos, los cineastas y los pintores se aproximaron a su mundo para robarles color, garbo y exotismo con que teñir sus historias de amor, odio y sangre. Algunas naciones europeas les hicieron ciudadanos de honor: España, Rusia, Hungría. Se cuenta de la reina María Cristina de España, madre de Alfonso XIII que queriendo traducir al español su condición de princesa real de Bohemia dijo a sus horrorizados cortesanos: *¡Soy gitana!* Andalucía parece ser su lugar natural, y en Albacín y la Alhambra su raza tiene arraigo, categoría y cetro real.

Desde que abrí los ojos a este mundo he visto a los gitanos cerca de mí. De niño me enseñaron a temerlos. Que se robaban los niños pequeños era un infundio para aterrorizar a niños muy alejados de mamás y niñeras. Su falta de educación y su mínima higiene eran pasto de risa y burla. Lo que no obstaba a empingorotadas señoras para ir a consultar causas y remedios para sus lances de amor. Hoy en

eso han sido reemplazados por mentalistas diplomados y fabricantes de horóscopos por computador. Sin embargo, los gitanos ejercieron entonces sobre mi ánimo infantil cierta seducción que aún opera hoy. Ella me impulsó a escribir esta sarta de preguntas para las cuales no tengo un ordenado sistema de respuestas.

Como a mis recuerdos de niño se une una natural preocupación de sacerdote jesuita, me he preguntado hace años por su vida espiritual y cultural. Cuando veo a tantos ocuparse de los marginados de la cultura, la justicia, la comida y la belleza, me acuerdo de mis gitanos. Cuando veo cada verano a tanto juvenil misionero llevando entusiasmo juvenil, oración y fe a la Araucanía o Chiloé, me digo: *¿Quién anunciará Jesucristo a los gitanos?* Si los marginados son los pobres, ¿quienes más marginados que ellos? Tal vez no sufran como creemos, y en su aislamiento sean más felices que nosotros, pero ¿cómo saberlo? Si yo tuviera veinte años menos...

Que al menos estas líneas sirvan para que alguien diga; *¡Aquí estoy, envíame a ellos, Señor!* Que alguien vaya a esa nación de hermanos desconocidos. ■

Desde que abrí los ojos a este mundo he visto a los gitanos cerca de mí. De niño me enseñaron a temerlos. Que se robaban los niños pequeños era un infundio para aterrorizar a niños muy alejados de mamás y niñeras.